

J. A. PÉREZ-BUSTAMANTE  
*Catedrático de la Universidad de Cádiz*

**EL CONCEPTO INTEGRAL DE LA ALQUIMIA:  
FILOSOFÍA DE LA MATERIA, DE LA CURACIÓN  
Y DE LA TRASCENDENCIA**

**The holistic notion of Alchemy**

*Todo es Uno.”  
“Lo Uno es Todo,*

*(Aforismo del Ouroboros)*

*Introducción*

El legado multiseccular de la Alquimia constituye uno de los más valiosos, amplios, importantes y complejos patrimonios culturales y humanísticos de la Humanidad, cuyo último significado y contenido se encuentra sutilmente protegido por un tupido velo de esoterismo, simbolismo hermético, metáforas y alegorías, de donde resulta una indiscutible ambigüedad interpretativa de su esencia, de su razón de ser, en fin de su integral significado, que induce muy fácilmente al confucionismo.

Desde el punto de vista del científico actual, hace ya bastantes décadas que el estudio de la **alquimia** ha dejado de ser considerado como un tópico pintoresco, como algo que apenas guarda relación con nuestras actuales Ciencias Experimentales, de las que el hombre de nuestro tiempo tanto se enorgullece.

La verdadera comprensión holística, o integral, de la alquimia presenta auténtico y fundamental interés cultural para todo científico motivado y curioso —humanista, o no—, pues le suministrará numerosas claves que incrementarán la profundidad del horizonte de su particular disciplina.

Aparte de en relación con las humanidades, el conocimiento integral de la alquimia resulta indispensable para seguir el curso evolutivo de numerosas ciencias experimentales y ramas de las mismas, tales como la Quí-

mica, la Medicina, la Farmacia, la Farmacología, la Química Médica, la Fisiología Química (hoy denominada Bioquímica), etc.

En contra de lo que normalmente se supone, sin embargo, la adquisición de una visión integral del significado de la alquimia no resulta —en modo alguno— una cuestión sencilla, ya que dicho estudio presupone estar en posesión de una formación humanística suficiente, que permita interconectar un gran número de conocimientos relacionados con la Historia, en general, con la Historia de la Ciencia, con la Filosofía, en general, y con la Filosofía de la Ciencia, en particular, con la Historia de las Religiones, con la Metodología de la Ciencia, etc. Solamente a través de tan amplia cultura multi- y pluridisciplinaria resultará posible obtener una visión de conjunto sobre las innumerables facetas doctrinales, espirituales, místicas, esotéricas, alegóricas, simbólicas y artesanales en que se proyecta la alquimia, en toda época, a través de su ancestral hermetismo.

Concretamente para la Química, el estudio de la Alquimia presenta el inmenso valor de haber prestado siempre una atención preferente a una cuestión tan trascendente para el químico cual es la **Filosofía de la Materia**, que constituye precisamente el objeto de dicha Ciencia Experimental, por lo que se refiere a su composición, a sus reacciones y a sus transformaciones macroscópicas. No en vano, la materia es la **mater** del Universo, o Cosmos, siempre abierta al interrogante de su **transmutación** alquímica, de su **transformación** química, o de su **manipulación** física, en lo más íntimo de su esencia, de modo análogo a como los **genes** pueden ser manipulados a través de la actual ingeniería genética, con resultado tan alarmante, como impredecible.

Sin embargo, aunque la Filosofía Química de la Materia se deriva forzosamente de la Física de la Materia, existe una discontinuidad total entre ambos aspectos, ya que la primera siempre implica la percepción de las cualidades **sensoriales** de la materia, mientras que la segunda va mucho más lejos intentando llegar al final de todos los complejos interrogantes que la materia plantea a través de un largo camino experimental de altas energías, renunciando a la observación directa de los fenómenos que estudia, dando por sentado la ininteligibilidad “lógica tradicional” de sus postulados y teorías, todo ello apoyado en un aparato matemático de complejidad creciente y en una filosofía de la física cada vez más metafísica y alucinante, quizás incluso alienante.

El aspecto químico de la materia es fundamentalmente cualitativo-sensorial, es decir, sigue siendo fiel a la filosofía aristotélica, pues la materia sin cualidad deja de ser química y pasa a ser caos informe, es decir, **protilo** aristotélico, que es lo que ha vuelto a ser hoy la materia, considerada desde la filosofía física de los **quarks**, de los **leptones** y de los **bosones**,

pura metafísica especulativa para la intuición y para la psicología humanas.

El hombre sigue sin saber hoy qué es realmente la materia —nunca lo supo y quizá no llegue jamás a saberlo y, desde luego, es sumamente probable que no llegue a comprender, a aprehender, el significado de su esencia— salvo por lo que se refiere al aspecto más prosaico, intuitivo, psicológico y humano de la misma, es decir, sus cualidades, sus propiedades macroscópicas, sus múltiples aspectos químicos, que derivan todos de un suburbio de muy baja energía del átomo, que los científicos denominan **capa de valencia** y que no equivale más que a un aspecto esencialmente superficial del comportamiento de la materia, a través del fenómeno químico, que percibimos directamente y que nos llega a resultar familiar. Para entender y percibir la **química de la materia** tenemos que renunciar a profundizar en la materia, a querer saber lo que la misma **realmente es**, pues la realidad de la materia es probablemente totalmente ajena a nuestra propia realidad subjetiva. La química es probablemente la manifestación de las propiedades macroscópicas de la primera capa de esa abstracta cebolla cósmica que es el átomo discontinuo, cuantizado, cuyo significado y concepto material se desvanece a medida que profundizamos en su estudio, intentando desvelar su **realidad última** descendiendo de las capas periféricas de baja energía, relacionadas con la química, hacia el mundo esotérico del núcleo atómico, de la partícula elemental, auténtico caos metafísico característico de la actual física de altas energías, tantas veces incapaz de describir en términos inteligibles, intuitivos, lo que percibe —o cree percibir— a través de observaciones tan indirectas como problemáticas. Ahí estamos, todavía, en el camino de la búsqueda de la **verdad de la materia**, es decir, de su **conocimiento cierto**.

### *La Historia de la Química*

En la actualidad, existe un gran interés generalizado, en todo el mundo, por la Historia de la Química, de modo especial por el amplio período alquímico protoquímico, juzgando por el considerable número de publicaciones monográficas que aparecen sobre tal tema, la existencia de diversas Sociedades dedicadas al estudio de la Historia de la Química y de la Alquimia, la publicación de numerosos artículos sobre esta temática en numerosas revistas de química, incluso la edición de alguna revista dedicada exclusivamente a estas cuestiones (p. e., “Ambix” y “Chymia), la reedición frecuente en facsímil de libros famosos antiguos relacionados con la metalurgia, con la alquimia y la química anterior al siglo XX, etc.

En Europa existe una Comisión internacional, integrada dentro de la

F.E.C.S. (Federation of European Chemistry Societies), que fomenta la investigación histórica de la antigua y moderna química a través del W.P.H.C. (Working Party of the History of Chemistry).

En España existen ya unas pocas universidades (Valencia, Granada, Cádiz) en cuyas Facultades de Ciencias se imparten asignaturas optativas, o de doctorado, sobre "Historia y Metodología de la Química".

Sin embargo, la situación al respecto aun resulta muy precaria comparativamente con lo que ocurre en otras áreas del conocimiento científico (p. e., carreras universitarias de Matemáticas, Medicina y Farmacia, especialmente), cuya enseñanza de su historia específica se halla consagrada desde hace muchos años, asociada con nombres de muy brillantes científicos y humanistas. Evidentemente, podemos concluir que aún existe un vacío muy importante de concienciación al respecto en la mayoría de las universidades españolas acerca del significado e importancia de introducir estudios históricos, metodológicos y filosóficos en el "currículum" académico de la carrera de Ciencias Químicas. Tal situación resulta ya prácticamente insostenible en el actual contexto de árida formación profesional especializada, que se advierte en el énfasis exclusivo de utilitarismo y pragmatismo científico y tecnológico de nuestros planes de estudios científicos, que debe cambiar de modo considerable en los próximos años, en aras de la consecución de una deseable humanización y espiritualización cultural de nuestros jóvenes científicos, en los que se ha imbuido antes la importancia exclusiva de su finalidad profesional última, que el valor del cultivo vocacional de un enfoque profesional más cultural, más humanístico, de mayor dimensión y ambición espiritual y mucho más enriquecedor que la mera obsesión por la exclusiva formación profesional superespecializada y embrutecedora, hoy en día tan en boga, al socaire de la política oficial de fomentar y subvencionar todo "lo aplicado" y "productivo".

En la Universidad actual resulta ya imprescindible, en las áreas de las enseñanzas científicas y técnicas, establecer un tan deseable como necesario puente de contacto entre las Ciencias, las Humanidades y la Tecnología, a través de asignaturas de contenido humanístico histórico-filosófico apropiado.

Curiosamente, en la U.R.S.S., el "currículum" universitario de la Licenciatura en Ciencias Químicas incluye tradicionalmente un importante contenido de enseñanzas acerca de la Historia y de la Metodología de la Química, al contrario de lo que ocurre en la mayoría de las Universidades europeas y americanas.

Se considera absolutamente imprescindible, para tener una idea clara de la génesis conceptual y experimental de la Química actual, llegar a

adquirir una idea amplia y realista acerca del verdadero significado de la Alquimia, cuya importancia y concepto ha sido generalmente minusvalorado hasta que, a finales del siglo XIX, algunos químicos muy notables (p.e., Kopp, Berthelot, etc.) se decidieron a acometer de modo riguroso y científico el estudio de la verdadera historia de la Química, que dista mucho de ser tan simple como generalmente se supone. Desde entonces, el interés por tales estudios ha sido objeto de muy creciente atención, a cargo de científicos, arabistas y lingüistas muy variados, historiadores y filósofos de la Ciencia, etc.

### *La enseñanza integral de la Alquimia*

El científico escéptico, como en su día lo fue Boyle, se puede plantear, de entrada, la pregunta de ¿por qué enseñar Alquimia, a estas alturas, por ejemplo en una Facultad de Ciencias, eminentemente “científica”?

La Alquimia constituye, por su complejidad y polifacetismo uno de los temas del saber, más humanísticos, culturalmente más fascinantes y formativos de la Historia de la Humanidad, auténtico sincretismo de una vasta pluralidad de aspectos míticos, místicos, religiosos, filosóficos, psicológicos, ocultistas, artesanales y hasta picarescos, del pensamiento y del quehacer humano.

En la Alquimia se contiene un sustrato de todas las creencias, fantasías y actividad artesanal del hombre, a lo largo de aproximadamente un decenio de milenios, transmitidas de modo muy diverso, influenciadas recíprocamente en grado muy variable, cuya consideración e imagen ha pasado, igualmente, por todo género de apreciaciones y avatares.

Afortunadamente, en el momento actual, como muy bien dice Ganzmueller, ya no se considera a la Alquimia como un oscuro precursor de la química —una especie de prequímica bruta y ciega— ni como una aberración de la Ciencia, sino como una rama viviente del árbol de la evolución humana, influida e impregnada de todas las fuerzas que configuran la vida.

En la Alquimia todo es enigmático y atractivo, comenzando por la propia etimología de su nombre, relacionado, al decir de muy diversos autores, con el país de más arcaica civilización, Egipto, o con las fértiles tierras negras del Nilo, o con el arte de fundir metales, con jugos o zumos misteriosos, en fin, hasta con la raíz “chin”, “Khim”, o “Shin” del oro en la lejana China, radical que entra a formar parte en numerosos ideogramas chinos, que designan diversos metales.

Suele decirse que la Alquimia, a diferencia de la Química, mira —cual

fakir oriental— siempre hacia atrás, es decir, está basada en la fe de conseguir llegar hasta donde supuestamente otros llegaron antes, empresas generalmente al alcance de mitológicos dioses, que también el hombre puede alcanzar bajo ciertos supuestos iniciáticos, místicos y artesanales. Presupone, por tanto, una actitud de búsqueda retroactiva orientada hacia fuentes, doctrinas, mitos y dogmas tradicionales. Podríamos objetar: ¿Hacia dónde mira el hombre, desde milenios, en el contexto de sus creencias religiosas?...

La Química, en cambio, mira hacia adelante, superadas —supuestamente y de acuerdo con la ley de los tres estadios de Comte— las fases teológica y metafísica; al menos eso creemos, como si en la actualidad nuestra materializada y prepotente actitud empiricista-racionalista se pudiese permitir la arrogancia de haber eliminado, por completo, los entes metafísicos. A título de ejemplo, como prueba de lo falaz de tal creencia, preguntemos a cualquier científico que nos conteste, de modo intuitivo, exacto y sin ambigüedades la pregunta de ¿qué es hoy la materia? Evidentemente, sigue siendo la **madre** (“mater”) de lo sustantivo, de lo sustancial de todo lo existente, considerada desde una perspectiva puramente empiricista. Sin embargo, su concepto sigue siendo tan abstracto —si no más— como lo fue en tiempos de Demócrito, Anaxágoras, Empedocles o Aristóteles; sigue siendo **potencialidad**, antes que realidad incontrovertible. Hemos cambiado simplemente nuestros hábitos de expresión y sustituido sus **elementos** y **cualidades** por **números cuánticos**, de exótica denominación, aplicados a las así denominadas **partículas elementales** (?), algunas tan metafísicas, como los enigmáticos **quarks**, que nadie espera —hoy en día— conseguir aislar jamás. En cambio, las griegas fuerzas del amor y el odio, de la ancestral sexualidad, del Bien y del Mal mazdeístas, etc., siguen vigentes bajo la denominación de **fuerzas nucleares** diversas, **campos** y otras entelequias. La actual matematización exclusiva de la materia (operadores; matrices; funciones de onda, etc.) nos la hace tan abstracta y metafísica como pudo haberlo sido con Marduk en los más remotos tiempos de la mitología asirio-babilónica. La materia sigue siendo el **apeiron** de Anaximandro, el **protilo** de Aristóteles, y a tenor de las teorías del materialismo dialéctico y de las interpretaciones psicológicas de Jung, también sigue siendo la **psique**, el **prana** hindú, el **neuma** griego, el **spiritus** latino y el alma, aliento, o hálito de nuestra mística occidental, que no ha podido liberarse por completo del concepto del hilo-zoísmo cósmico. Ya lo dijo Heisenberg en años recientes: “La materia sigue siendo un mundo metafísico de potencialidades”.

Mucho me temo que aún nos falta mucho para poder llegar a alardear de que hemos conseguido eliminar el “**prejuicio metafísico**” de la Ciencia.

No nos riamos, por tanto, de los **filósofos herméticos**, ni de tantos y tantos sesudos científicos que sostuvieron teorías relacionadas con **exhalaciones**, **principios filosóficos**, **tríada prima**, **pedra filosofal**, **flogisto**, **éter**, etc., aunque podamos admitir que los físicos ya consiguieron liberarse del éter (ya no lo necesitan) y consiguieron hallar la Piedra Filosofal, el **neutrón**.

Históricamente y con independencia de los múltiples enfoques y conceptos relacionados con la Alquimia, que constituye un auténtico y paulatino crepúsculo, o preludio, de progresión de la actividad intelectual y artesanal del hombre, a través de un largo y multiseccular periplo a través de Egipto, Babilonia, Jonia, Alejandría, China, la India, Jundi Shapur (Persia), Harrán (Mesopotamia), Damasco y Bagdad, Samarkanda, la Europa escolástica, del Renacimiento e Ilustración, hasta nuestros días (perdida ya toda su pujanza prístina de contenido esotérico hermético), la Alquimia siempre ha tenido un contenido **fundamental**, relacionado con las Ciencias de la Naturaleza, a través de la **Filosofía de la Materia**, apoyado en toda clase de especulaciones y conceptos, que han ido a la par con la evolución y el progreso del pensamiento, de la ciencia y de la tecnología humanas. Dioses, astros, demiurgos, hierofantes, taumaturgos, teosofías y gnosis, fuerzas misteriosas, números, homeomerías, "minima naturalia", "phyla", elementos, cualidades, sexualidad, finalidades diversas, mitos, fantasías, dogmas religiosos, filosofía racional, onirismo, ascetismo y meditación, instinto bruto y maravillosa artesanía analfabeta empapada de auténtica "ciencia", misticismo abstracto, idealismo inconcreto, materialismo pragmático, mecanicismo determinista, poderes mágicos y hechicería, charlatanería y milagrería, alegoría simbolista, metáforas y correspondencias, fuerzas y principios arcanos, leyendas contradictorias, ambigüedades retóricas, superstición, hermetismo, en fin, de todo esto y mucho más hay en la Alquimia, pero ésta no es sino la Historia de la Humanidad, a la que no podemos renunciar y cuya realidad no podemos ignorar.

En resumen, existen pocos sincretismos de la actividad humana, acaso ninguno comparable, tan ricos como la Alquimia en el más auténtico, polifacético, interdisciplinar, pluridisciplinar y complejo sentido del más auténtico e integral testimonio del paso y presencia del hombre sobre la tierra.

En toda manifestación de la Alquimia, no importa dónde, ni cuándo, si bien con énfasis variable y prescindiendo de inúmeros detalles accesorios, se advierte claramente la presencia de tres vectores condicionantes, que justifican la esencia y la razón de ser del pensamiento alquímico. Siguiendo un orden de lo más pedestre, trivial y materialista hasta lo más sublime y espiritual, toda manifestación alquímica ha exhibido

siempre los siguientes tres aspectos complementarios, que resumen los afanes y esperanzas de la humanidad, en toda época:

- Metales y artesanías (“**Filosofía de la Materia**”).
- Salud y longevidad (“**Filosofía de la Curación**”).
- Inmortalidad y Redención (“**Filosofía de la Trascendencia**”).

Tales aspectos e interacciones se resumen de modo esquemático en la Fig. 1 mediante un diagrama triangular y a través de un lenguaje taquígráfico-conceptual que resumen unas docenas de palabras-clave, de especial significado en relación con el tema que nos ocupa. En dicho diagrama, dentro del triángulo y a modo de macroorbital deslocalizado aparece la palabra Alquimia, que exhibe una serie de aspectos o características comunes (incluidas en el triángulo, igualmente) y que presenta **tres valencias principales**, o proyecciones de su sempiterno significado, directamente relacionadas con los afanes y anhelos más ansiados por el hombre, desde siempre:

- a) **Metales**, sinónimo de poder, codicia y **materialismo**.
- b) **Salud y vida**: faceta asociada con el altruismo y con la **filantropía**.
- c) **Inmortalidad**; aspecto asociado con: la propia consciencia del paso fugaz por este mundo y con la esperanza de la **salvación**, basada en la fe, en la **trascendencia** del ser humano.

El autor considera que esta especial semiótica de sincretismo de los aspectos más esenciales del vasto contenido polifacético de la Alquimia, puede suministrar una primera idea de conjunto sobre un tema que requiere mucha lectura, muy variada, y de más meditación aún.

### *Filosofía de la materia*

Vamos a considerar, brevemente, los rasgos esenciales de la “**Opus Maior**”, de la **Crisopeya**, del **Arte Real** en su versión más prosaica, más materialista y también más **científica** a tenor de la acepción actual de tal término.

Sobre la base de una **materia prima** única, informe, caótica, potencial, etc., cuantizada (Demócrito: átomos, vacío), o no (restantes escuelas filosóficas griegas; elementos, cualidades, fuerzas, hilemorfismo, etc.) y mediante operaciones artesanales adecuadas (laboratorio) el hombre aspira a hacer lo mismo que hace la Naturaleza, pero más rápidamente, torturán-



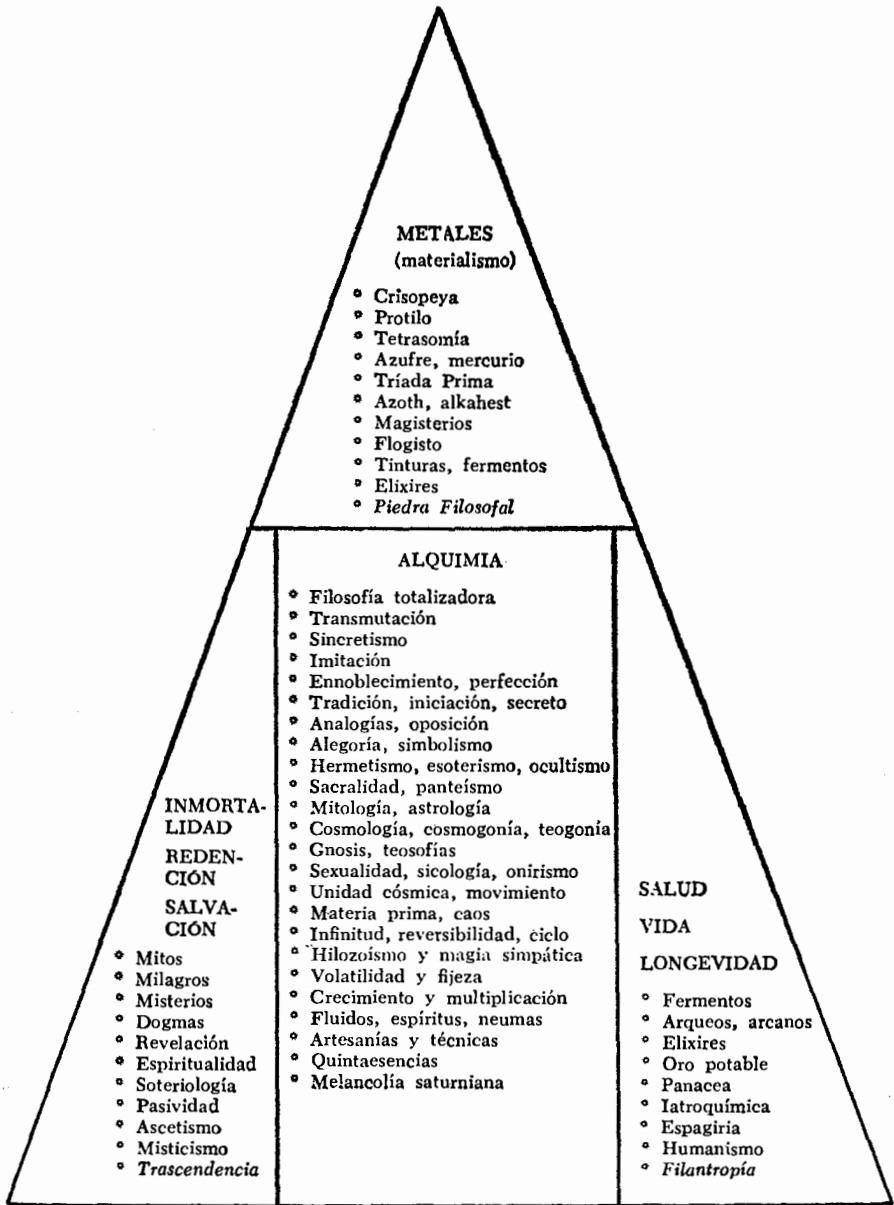


Fig. 1. Sinopsis semiótica-conceptual de los elementos fundamentales interactivos en la Alquimia y de sus proyecciones concretas más importantes.

dola en sus **atanores** y purificándola mediante el concurso del fuego, extrayendo sus espíritus, principios activos, o quintaesencias en sus **kerotakis** y **alambiques**, etc., persiguiendo como última finalidad el ennoblecimiento y la purificación de la materia, que no otra cosa va implícita en el concepto de la **transmutación alquímica**, que no se refiere a cambiar de materia, sino a sus elementos, actuando adecuadamente sobre el equilibrio y proporción de los mismos y de sus cualidades. Para ello, el hombre utilizará toda clase de recursos, más o menos **penetrantes** (**tinturas** alejandrinas, el griego polvo de proyección **xerion**, árabes **elixires** de paternidad china, catalíticos **fermentos** renacentistas, **azoth** filosófico postrenacentista, etc.) con el fin de conseguir el maridaje alquímico perfecto de los principios filosóficos (exhalaciones aristotélicas, azufre y mercurio filosóficos árabes, tríada prima, o trinidad, paracélsica, etc.), con la meta final de culminar su "**Opus Maior**", o **Arte Real**, en el **huevo filosófico**, símbolo de la matriz telúrica.

Ésta es, básicamente, la doctrina de la **pedra filosofal**, cargada de hermetismo, ingenuidad y melancolía saturniana, o cronológica, hablando en términos etimológico-simbólicos, concepto antiquísimo, si bien su nombre fue acuñado en pleno período escolástico, asociado con los nombres de Rogerio Bacon, Arnaldo Vilanova, Ramón Llull, etc.

Este constituye también el enfoque más **químico** (experimentalista) de la Alquimia, que no hubiera sido jamás nada sin un adecuado apoyo doctrinal, de teoría alquímica, de fundamento "teórico", por muy esotérico, metafísico y fantasioso que haya podido ser, como —de hecho— lo fue.

Pero además del utópico empeño de transformar los metales viles, o bajos, en metales nobles, actuando por medios artificiales sobre la proporción de elementos y cualidades aristotélicas, la alquimia tradicional presenta otro aspecto adicional y complementario a la idea de la **transmutación**, concretamente lo que se refiere al **análisis por el fuego**, vehículo, o medio tradicional, de penitencia, purificación y disociación de lo compuesto, de lo impuro, en especies más elementales, más puras. Este segundo y complementario aspecto nos lleva directamente a algo tan fundamental para la química, como es el fenómeno de la **combustión** y de los productos que a través de la misma se originan, interrogante clásico de la ciencia experimental, que hubo de esperar hasta finales del siglo XVIII a que un genio de la talla de Lavoisier lo interpretase debidamente, acabando así con la metafísica de los **espíritus**, **fluidos**, **neumas**, **principios combustibles**, "**materia pinguis**" y, finalmente, del tan consagrado, como contradictorio fluido misterioso, de supuesto peso negativo, denominado **flogisto**, cuya existencia defendieron con apasionamiento y contumacia quí-

micos experimentales tan geniales como fueron, entre otros, Cavendish, Priestley y Scheele, incluso el propio Davy, a través de sus ambigüedades teóricas.

Dicho segundo aspecto fundamental de la alquimia artesanal, o **materiaalista**, puede esquematizarse muy simplemente mediante el siguiente proceso:

$$\text{Metal} + \text{fuego} = \text{"tierra"} + \text{fluido activo}$$

Así, para Platón, el cobre no era otra cosa que un metal resultante de la impurificación del oro con tierra. En consecuencia, el característico compuesto verdoso (carbonato básico de cobre), conocido vulgarmente bajo el nombre de **cardenillo** no era otra cosa que la separación de dicha **tierra**, por la acción de causas externas diversas.

Por otra parte, los conceptos alquímicos clásicos de **metal**, según las épocas, se basan en la admisión de diversas teorías:

a) Las dos **exhalaciones** aristotélicas (una seca, o humeante, la otra húmeda, o vaporosa).

b) Doctrina árabe de los dos principios inseparables del **azufre** (combustibilidad; masculino; "padre" de los metales) y del **mercurio** (liquidez; femenino; "madre" de los metales).

c) Doctrinas derivadas de las anteriores que asumen para los metales una doble naturaleza, **terrosa** y **acuosa**.

d) Doctrinas que postulan para un metal una doble esencia, **corporal** y **espiritual**.

Con arreglo a estas diferentes y relacionadas teorías, resulta ahora fácil comprender el significado de la interpretación mística y simbólica del fenómeno que hoy denominamos de la combustión:

a) Lo que inicialmente se denominó **tierra**, posteriormente **cal** y, finalmente, **óxido** (Lavoisier), no es sino el **cadáver** del metal.

b) Dicho **cadáver**, hoy **óxido**, significa la pérdida de un **neuma**, que abandona al **soma**, ocasionando así su **muerte** (oxidación).

c) Dicho **neuma**, **hálito**, o **soplo** vital, se identifica —por extensión a otros tipos de materia, metálica, o no— con conceptos tales como principio activo (**esencia**, o **quintaesencia**, **espíritu volátil**, etc.).

d) Dicho neuma sutil y activo, se obtiene, condensado en forma líquida, mediante prácticas pirotécnicas de destilación en alambique (por ejemplo, "espíritu del vino" = etanol; "espíritu de la madera" = metanol;

“espíritu de saturno” = acetona; “espíritu del asta del cuerno de ciervo” = cloruro amónico; “espíritu de la trementina” = aguarrás; “espíritu del vinagre” = ácido acético, etc., etc.).

e) En el caso concreto de los metales, dicho fluido es común a todos ellos, el enigmático **flogisto**, principio general de la combustibilidad, anti-gravitatorio (peso negativo), que —curiosamente— se supone requiere del soporte material del aire para que pueda abandonar el metal que impregna, de modo enteramente análogo a la teoría física del **éter**, fluido que se consideraba imprescindible para el soporte y transmisión de la radiación electromagnética hasta que, a finales del siglo pasado, Morley y Michelson demostraron concluyentemente la falacia implícita en el concepto del **éter**, digna contrapartida física del evanescente **flogisto** de los químicos.

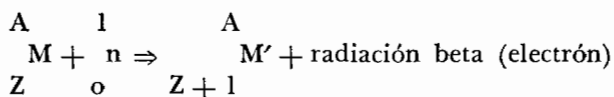
A pesar de sus indiscutibles **errores científicos** de base, tanto la teoría de la transmutación alquímica de los metales (que no de la materia prima o **protilo**), como de la combustión, constituyen valiosísimos antecedentes de la **Filosofía de la Materia**, que —además, en su época— resultaron extraordinariamente útiles, dado su carácter científico y metodológico **generalizante**.

Una muy especial mención merece el audaz intento del químico francés Prout, en los primeros años del pasado siglo, de intentar conciliar conceptos ancestrales sobre la materia con la moderna química, que inició su despegue en el siglo XIX, a través de su teoría del hidrógeno, protio, o protilo como componente universal de la materia, en su acepción **química**, adelantándose en su famosa hipótesis casi un siglo sobre el estado de la Ciencia Química de su época. La hipótesis no prosperó, si bien no dejó de torturar insistentemente al pensamiento químico del siglo XIX, que se consideraba suficientemente protegido por la realidad y evidencia experimental de las pruebas experimentales en contra, que dimanaban del rigor experimental y de la autoridad científica, entre otros, de Berzelius, cuyas numerosas y meticulosas determinaciones de pesos atómicos “decimales” llevarían a la química unas décadas más tarde hasta el sorprendente hallazgo de la Tabla Periódica por Mendeleev. A través de su hipótesis, Prout intentó la reconciliación de la ciencia química de su época con el principio tradicional de la unidad de la materia cósmica, es decir, con el concepto de la materia prima de los filósofos griegos y de los alquimistas de todas las épocas, preservando al mismo tiempo el concepto **químico** de la materia. Las modernas teorías del **big-bang** acerca de la génesis del Universo han venido, esencialmente, a dar la razón a Prout, si bien con mucho retraso. En definitiva, lo que Prout consiguió fue nada

menos que conciliar los enfoques heterodoxo (Demócrito, discontinuidad, átomos) y ortodoxo (Aristóteles, protilo, materia prima indiferenciada, elementos, cualidades y propiedades) clásicos sintetizando los avances filosóficos acerca de la materia logrados por Gassendi, Jungius, Boyle y Dalton, revitalizadores y actualizadores del clásico atomismo, con el también clásico concepto aristotélico, esencialmente **químico**, de la materia macroscópica, sensible y cualitativa.

Para terminar esta sección y trasladándonos al momento actual, parece procedente prestar una mínima consideración al fenómeno de la así llamada, en general, **transmutación física de la materia**, que sigue siendo el aspecto fundamental de la **Filosofía de la Materia**.

Abundan, hoy en día, los científicos que consideran —erróneamente y por partida doble, tanto por lo que respecta a su idea del concepto de la alquimia, como de la esencia del concepto de la materia— que la Física Atómica ha resuelto finalmente el enigma de la **transmutación de la materia**, a través del hallazgo de la **piedra filosofal** necesaria para ello, de naturaleza física, identificada con el **neutrón**. En efecto, en apariencia, el neutrón parece provocar la transformación de la materia a través de reacciones nucleares del tipo general:



Aparentemente, para el químico, se ha producido la transmutación del elemento M en el elemento M', es decir, de una materia de partida en otra de propiedades que pueden ser radicalmente diferentes. Sin embargo, el físico debe enjuiciar el fenómeno de muy otra forma, simplemente como una **acumulación** y, en su caso, **reordenación**, o reagrupación de elementos estructurales, de sillares básicos de la **sustancia** (?) de la materia. La Física actual, a través del desarrollo de la compleja **electrodinámica cuántica** —cuajada de paradojas y siempre abierta a nuevas sorpresas—, cuyo sendero ascendente a lo largo de seis décadas de nuevas y fascinantes conquistas va asociada con los nombres de Heisenberg, Pauli, Gell-Mann, Ne'eman, Speiser, Pais, Lee, Yang, Goldstone, Higgs, Weinberg, Salam, Hooft, Fritzsche, Leutwyler, etc., se halla en el punto en que considera que el universo subatómico, es decir, la estructura última de la materia, se halla constituido por dos, o tres, familias de **fermiones**, cada una de las cuales posee dos **quarks** y dos **leptones**, además de una docena de **bosones de aforo**, cuatro de ellos electrodébiles y ocho fuertes. A éstos se reducen los centenares de **partículas elementales** clasificadas en las últi-

mas décadas (hadrones ligeros y bariones, mesones, etc.). El concepto físico de la materia no puede ser actualmente más abstracto y “desmaterializado” para nuestra intuición psicológica basada en la percepción sensorial macroscópica, que no puede concebir lo que realmente significa tener que admitir que la materia es un galimatías de fotones, bosones, mesones, hadrones, leptones y campos.

En definitiva, debe quedar suficientemente claro que ni el alquimista tradicional pretendía transmutar la materia, aunque sí unos metales en otros —que no es lo mismo—, ni el físico actual tampoco lo ha conseguido, por mucho que hablemos de trasmutaciones radiactivas. La materia sigue siendo **una** y “**prima**” en último término. Lo que sí ha conseguido el físico actual es llegar a poder **manipularla**, actuando sobre sus elementos estructurales, reordenándola más o menos “ad libitum” para conseguir modificar el **aspecto químico** de la misma, es decir, las propiedades que la misma exhibe en función del número y ordenación de sus sillares estructurales. En definitiva, la física de las altas energías no ha demostrado sino que los antiguos filósofos jónicos y atenienses tenían todos algo de razón en sus hipótesis sobre la esencia de la materia: discontinua y atómica (Leucipo, Demócrito), geométrica y reajutable reversiblemente (Platón), cualitativa, es decir, química (Aristételes). Algo que, sin embargo, los antiguos filósofos no podían predecir es el actual concepto de vacío absoluto, cuya inexistencia resulta una consecuencia de la ecuación ondulatoria de Dirac (soluciones materiales y antimateriales a su ecuación de ondas y de las actuales hipótesis sobre los campos, que todo lo invaden y que tienen la propiedad de poder generar materia y antimateria simultáneamente).

En relación con el dualismo materia química-materia física resulta especialmente ilustrativo volver sobre el concepto de las **homeomerías** de Anaxágoras, definidas por el filósofo de Clazomenas como **unidades de cualidad**, bajo la hipótesis de que “todo se halla en todo”, o —lo que es igual— en toda la materia cósmica encontramos, bien en proporción muy diferente, alguna cantidad de todos los elementos químicos (estables, se entiende), lo cual es perfectamente congruente con la teoría del **big-bang** de la génesis del Universo, a partir del hidrógeno, o **protio** de Prout. ¿Qué sentido tiene hablar de unidad de cualidad si no existe un **cuanto** (átomo, ion, molécula, **minima naturalia**, etc.) mínimo de cantidad, es decir, de materia concreta y discreta? El ejemplo más esclarecedor de la procedencia y realidad de la teoría de Anaxágoras nos lo suministra el agua marina, auténtico líquido de lixiviación hidrogeoquímica de la superficie de nuestro telúrico planeta. En el agua marina se han caracterizado ya 60-70 elementos químicos —muy diversamente especiados— en con-

centraciones que varían en intervalos tan amplios como 35 g/l (NaCl) hasta fracciones de p.p.b., incluso p.p.t. ( $10^{-9}$  -  $10^{-12}$  %) (Au, U, Hg, etc.), es decir, desde lo que los químicos analíticos llaman macroelementos hasta elementos ultratraza.

Pero hay otro aspecto interesante en el concepto metafísico de **homeomería**, ya que conjuga la existencia complementaria de dos conceptos: **cuántico**, discreto, discontinuo (unidad de cualidad, es decir, límite de indivisibilidad) y **químico** (último grado de análisis en que la materia manifiesta aún propiedades químicas, cualitativas, sensorialmente perceptibles, macroscópicas). Evidentemente, el concepto de "homeomería" de Anaxágoras y de "átomo" de Dalton no pueden estar más próximos.

En cambio, ni las homeomerías, ni los átomos, son conceptos conciliables con la realidad de la **materia física**, que intenta describir la **electrodinámica cuántica**, auténtica "metafísica científica" de nuestros días.

Todas estas divagaciones parecen justificar la vigencia actual del viejo aforismo simbólico egipcio del **ouroboros** ("lo **uno** igual a **todo**"), o la críptica formulación de la **tabla esmeralda** hermética: "lo que está arriba es como lo que está abajo y lo que está abajo es igual a lo que está arriba; por estas cosas se hacen los milagros de **una sola cosa** (= la materia)".

Debemos concluir, en consecuencia, que el tema de la **Filosofía de la Materia** sigue siendo tan vigente en la actualidad como lo ha sido en las antiguas cosmogonías egipcias, mesopotámicas, o griegas, con la diferencia de que aquéllas estaban íntimamente vinculadas a mitos y teogonías en mucha mayor medida que lo están actualmente para el creyente gnóstico, pues para el materialista agnóstico, la posición filosófica es sustancialmente idéntica, por ejemplo, al ateísmo mecanicista-determinista de Demócrito. Sin embargo, desde un punto de vista estrictamente científico, se pueden generalizar las siguientes conclusiones:

- 1.ª) Seguimos **sin saber** lo que es realmente la **materia**.
- 2.ª) Todo parece indicar que sólo existe **una materia prima**, en último término.
- 3.ª) Debemos **matizar** adecuadamente el empleo del término **materia**, cuyo concepto es más o menos restringido, según el campo de la ciencia desde el que se considera, que se presta a muy diversas y diferenciables acepciones.
- 4.ª) Debemos ser extremadamente cuidadosos, aclarando cuanto proceda al respecto, al utilizar expresiones tales como "transmutación de la materia". Sería, quizás, más correcto hablar de **transmutación de los elementos de la materia**, o en términos de **reordenación estructural** de la materia.

- 5.º) Científicamente, parece necesario distinguir entre los conceptos **químico** (macroscópico) y **físico** (elemental) de la materia, al intentar realizar una aproximación conceptual para la definición de la materia.
- 6.º) Sin **Filosofía**, resulta imposible abordar el tema del **concepto** y de la **esencia** de la materia. Todo parece indicar que dicha filosofía va a continuar estando impregnada de **metafísica científica**, situándonos en un lugar intermedio entre los dos últimos estadios de la teoría de Comte, en relación con el conocimiento científico de la materia, como consecuencia de los conflictos conceptuales que se suscitan entre la experimentación química, la investigación física experimental y el apoyo doctrinal necesario para explicar e interpretar los resultados indirectos experimentales suministrados por la investigación en el ámbito de la Física de las altas energías.

En resumen, el concepto de **trasmutación de la materia** resulta física y filosóficamente tanto menos válido, a medida que descendemos desde nuestro mundo sensorial de percepción macroscópica hasta el límite de las partículas (?), o elementos básicos fundamentales (energía, campo, radiación, fuerza...), pasando por el átomo y sus partículas elementales "clásicas" —desde hace algo menos de un siglo— (protón, electrón y neutrón) a cuyo nivel podemos considerar que resulta posible establecer, o delimitar, el concepto **químico** de la materia, como una definición convencional, arbitraria, pragmática y útil —una especie de sistema de referencia— que no da ninguna idea acerca del concepto último, absoluto, físico-filosófico —quizás metafísico— de la materia.

### *Filosofía de la curación*

Entramos ahora en la faceta alquímica **espagírica, iatroquímica** (Alquimia médica, precursora de la Química Médica, de la Farmacología, de la Farmacia, de la Fisiología Química, de la Bioquímica, etc.) de rancio abolengo chino precristiano, atisbada por Galeno, resucitada por los médicos alquimistas árabes de la talla de Rhazes y Avicena y actualizada, en pleno período renacentista, por el controvertido y genial Paracelso, hasta llegar el momento actual, con las debidas salvedades y matizaciones.

La preocupación por la **salud** y, por ende, por la **longevidad** (con macrobiótica, o sin ella) constituye la base conceptual de la teoría química del **elixir**, del **oro potable**, que actualmente denominamos fármaco, bases de la utópica **panacea**.



Evidentemente, no constituye empeño más simple la curación del cuerpo humano, que el vano empeño de la **transmutación** de los metales (¡no de la material!), pero hay muchas cosas en común, según indicaba agudamente Paracelso, pues la **crisopeya** y la **espagiria** tienen en común la realización de una transmutación y, además, si a partir de menas y escorias podemos obtener **metales**, también podremos obtener **salud** a partir de las escorias de la enfermedad, ennobleciéndolo todo —mediante tratamiento alquímico— adecuadamente. Si bien los chinos y árabes ya fueron conscientes de ello, correspondió a Paracelso formular una ley universal —de plena vigencia actual— en relación con el valor del fármaco, por el simple hecho de distinguir que la diferencia entre un **veneno** y un **remedio** radica simplemente en la dosis.

Corresponde, igualmente al genial y contradictorio Paracelso, curador célebre de humanistas, reformadores e impresores del Renacimiento (Erasmo de Rotterdam, Ecolampadio, Frobenius, etc.) el indiscutible mérito de haber desterrado el empleo de los irracionales **polifármacos**, a cambio de los remedios **específicos**, de absoluta vigencia actual. La complejidad y polifacetismo de la obra del paradójico personaje que fue Paracelso, síntesis “sui generis” de médico, alquimista esotérico, artesano, vagabundo, borracho, pendenciero y arrogante, etc. —podemos definirle como queramos— supuso un paso trascendental en la proyección de la alquimia tradicional, oportunista y charlatana en su época, hacia la curación del hombre. No podemos por menos que reconocer el inmenso cambio de mentalidad que ha supuesto —gracias a Paracelso— el hecho de anteponer la **filosofía iatroquímica**, esencialmente **espagírica**, al prosaico y bastardo afán del mero enriquecimiento material del enfoque crisopéyico, ya que significa un avance humanístico colosal, tan simple y tan fundamental como lo es la transformación del afán de la codicia y de la avaricia en caridad e interés hacia el prójimo, si se quiere, el paso del materialismo bruto hacia el idealismo filantrópico, o bien, la evolución del afán de poder hacia la solidaridad humana. Progreso fundamental, ciertamente.

### *Filosofía de la Trascendencia*

Desde mucho antes que el hombre comenzase a enterrar a sus muertos, diferenciándose así, sustancial y adicionalmente de los animales, en el **Homo sapiens** de Cro-Magnon, posiblemente también antes, ya tuvo que existir un congénito, más o menos unamuniano, **sentido trágico de la vida**, un afán y una esperanza de **trascendencia** y de **inmortalidad**, a través de un áspero camino de purificación, la vida terrenal, que —debidamente

enfocada— no podría ser otra cosa que el instrumento para la propia **redención**, es decir, para la **salvación** final.

De ello dan cumplida prueba los variados, pintorescos, ingenuos y preciosos contenidos simbólicos, alegóricos y metafóricos de tantas cosmologías, teogonías y cosmogonías, como el mundo ha conocido, que son la **madre**, última y más genuina, de la **Filosofía de la Materia**, antes considerada, así como del concepto de la **fenomenología cíclica**, dentro del contexto de la **unidad del Cosmos**. El carácter sacral de la Naturaleza, los rituales de todo tipo —especialmente los relacionados con antiquísimas “artes sagradas”, como la **metalurgia**—, la fuerza de los sexos contrarios —base de la fundamental teoría china del “**ying-yang**”—, la idea hilozoísta del “**Spiritus Mundi**”, las **hierofanías**, de todo tipo, subyacentes en el legado mítico tradicional y en las inscripciones de numerosos petroglifos, la teoría de las **exhalaciones** —combinadas con conceptos embrionarios de fenomenología telúrica bajo influencias astrológicas, etc.—, introducen, de la mano de teorías filosóficas que se ocupan de la psique, del alma, de la mente, del espíritu, de las emanaciones divinas, etc., arcaicas ideas panteístas y politeístas, teofanías diversas, relacionadas con al idea del Uno, del Ser Supremo, del Dios creador, del Motor Primero, de las Causas Finales, en fin, de lo Absoluto trascendente, impregnadas de misterio, espiritualidad y trascendencia.

Así, aparecen las **gnosis** y las **teosofías**, que se ven obligadas a admitir —por impotencia mental y psicológica— el conocimiento revelado de lo absoluto, de la verdad suprema, de lo que está por encima de la **fisis** y de la **psique** humanas. De la **compleja gnosis pagana** va a **derivarse algo** tan fundamental para la Alquimia como es el **hermetismo**, vasta literatura críptica y enigmática, incluida en millares de escritos de todas las épocas, que llega hasta nuestros días, soporte fundamental de la esencia doctrinal más genuina de la Alquimia, que funde en un todo el macrocosmos y el microcosmos, la unidad del Universo simbolizada en la serpiente, o dragón del **ouroboros**, en la cabeza de **Jano bifronte**, en las serpientes del **caduceo de Hermes**, etc. Figuras míticas y legendarias como Hermes Trismegistos, Enoch, Apolonio de Tiana, Demócrito, etc., encuentran amplia cabida en todo el **corpus alquímico hermético**, síntesis abstrusa y compleja de la relación entre el mundo material, fuerzas ocultas, dioses, superhombres y poderes mágicos.

La **gnosis cristiana**, en cambio, se encorseta en el **dogma**, que defiende e impone, a sangre y fuego, a través de concilios, torturas y persecuciones de cientos de **herejías** desde Nicea hasta la Inquisición contrarreformista. Sin embargo, no puede evitar hallarse impregnada de un número inmenso de aspectos y concepciones, hijos directos y predilectos del más puro **her-**

**metismo**, que aún mantiene. En resumen, el **hermetismo** tiñe toda tradición y normativa ética y estética humana, ya que la continuidad y la evolución de la especie humana son hijas de su historia e, inevitablemente, de un fuerte componente de tradicionalismo, que las más radicales y salvajes revoluciones, persecuciones y prohibiciones, que se han prodigado en toda época en los anales de la Historia de la Humanidad, jamás han conseguido borrar por completo.

Todos estos factores, aunados en grado variable, han influido decisivamente en la aparición de una **espiritualidad** en el hombre, relacionada con un sentimiento innato de trascendencia, que ha buscado —invariablemente— el largo camino del “**tao**” de perfeccionamiento chino, tan enigmáticamente relacionado con los metafísicos **campos de cinabrio**, que ha desarrollado conceptos como los que se asocian con la mística y con la ética hindú, basadas en el **karma**, del instrumento, o finalidad, de perfección implícito en la consecución del **nirvana**, igualmente hindú; en definitiva, en la gestación de una **mística**, de una **ética**, de una **ascética** que pudiesen conducir al hombre hacia su **salvación**, a través de un enfoque soteriológico —presente por doquier— que implica una **redención**, que aspira, igualmente, al ennoblecimiento de lo vil y de lo bajo, es decir, de la **condición humana**, a través de unas prácticas de conducta y actitud, basadas en unas creencias espirituales determinadas, de esencia trascendente. Tales procesos de purificación, relacionados con infinidad de concepciones míticas (ánimas, metempsicosis, reencarnaciones, purificaciones por el fuego, mundos subterráneos órficos, transmigraciones purificantes y expiatorias hindúes, Hades, Infiernos, purgatorios y avernos de reclusión y aislamiento penitencial, con fuego, o sin él, etc.), impregnan, igualmente, el contenido místico de la Alquimia, enfocada en este caso hacia su finalidad más noble, más sublime, más trascendente. Podemos hablar, así pues, de una **Alquimia espiritual**, que persigue la consecución de la **inmortalidad** y de la **redención** a través de los caminos de la **mística** y de la **ascética**, preocupándose para ello del cuidado del espíritu y del alma, practicando la meditación, la vida contemplativa, la frugalidad, ritos variados, etc.

Podemos concluir, en resumen, que en la Alquimia se da siempre una trinidad de conceptos y de aspectos relacionados con la materia, con la salud y con la espiritualidad, cuyos instrumentos son, respectivamente, la **piedra filosofal**, el **elixir** y la **mística**. La ignorancia de cualquiera de tales aspectos desequilibra y deteriora automáticamente el auténtico concepto del significado integral de la Alquimia. Podríamos concluir, una vez más, con el aforismo del bicoloro y antiquísimo símbolo egipcio del **ouroboros**, según aparece en el viejo texto alquímico greco-alejandrino de la “**Criso-**

peya de Cleopatra”, representativo del concepto de la unidad del Cosmos, del más genuino cuño hermético: “Lo Uno es (o está) en Todo; Todo es (o está) en Uno”. Sólo así podremos desterrar viejos prejuicios, hijos de la ignorancia y el desprecio, en relación con el verdadero significado de la Alquimia.

### *Simbolismo e iconografía alquímicos*

Otro aspecto fundamental de la alquimia, presente en infinidad de manifestaciones artísticas en toda época, lo constituye su profuso empleo de representaciones simbólicas, el desarrollo de estilos propios de escritura alquímica —impregnada de imaginación y hermetismo— y la profunda influencia que la misma ejerció sobre el arte pictórico y las ilustraciones de textos en determinadas épocas.

El empleo de símbolos por el hombre constituye una actividad y medio de expresión antiquísima, preneolítica, que llega hasta la actualidad, según resulta fácil comprobar a través de la heráldica contemporánea, conformada por los sellos, logotipos y anagramas comerciales e institucionales, que inundan nuestros espacios propagandísticos televisivos.

Los símbolos, al igual que los arcaicos ideogramas y pictogramas empleados por el hombre antes de descubrir el trascendental invento (¿fenicio?) del alfabeto, poseen un elevado contenido conceptual, constituyen un medio semiótico de alta eficacia, pues condensan mucha información, de modo intuitivo, con sencillez y con una economía de trazo y espacio. Todas las mitologías son esencialmente simbólicas, fantasiosas e imaginativas, como lo es ese complejo subproducto sincrético especulativo-artesanal, que denominamos Alquimia, frecuentemente considerada erróneamente como una subcultura muy especial, que está tan directamente ligada a todo tipo de actividades de la fantasía y de la creación humana desde hace muchos milenios.

El mundo del hermetismo alquímico está tan cuajado de simbolismo y de psicología, según ha demostrado concluyentemente el gran psicólogo contemporáneo Jung, que su comprensión sólo resulta posible mediante un diccionario de equivalencias de símbolos y de expresiones metafóricas, que dista mucho de haberse completado. En la alquimia resulta muy frecuente el empleo de términos, conceptos y frases, que presentan múltiples acepciones, resultando muy difícil, con frecuencia, elegir la adecuada para cada contexto concreto.

Curiosamente, la alquimia greco-alejandrina, cuyo desarrollo fundamental se atribuye a Bolos de Mendes, o Pseudodemócrito hasta Zósimo, y

que se extiende desde el siglo II a. de C. hasta los siglos III-IV d. de C., había conseguido desarrollar un instrumento de expresión, un lenguaje químico-alquímico, mezcla de texto metafórico y de símbolos concretos, que se perdió totalmente hasta la elaboración de un instrumento taquígráfico y racional de expresión, como fue la elaboración de un lenguaje químico científico de símbolos y fórmulas a principios del siglo XIX, inicialmente a cargo de Dalton y posterior y definitivamente de Berzelius.

Al igual que el conocimiento de la egiptología requirió disponer de un patrón de referencia, de un diccionario de equivalencias —la Piedra de Roseta— que permitiese descifrar el significado de la escritura jeroglífica, así la Alquimia requiere, igualmente, disponer de medios de referencia similares, que nos permitan desvelar su inmenso contenido, simbólico, metafórico, alegórico, psicológico y místico, cuestión en la que ya se ha avanzado considerablemente en el presente siglo. En muchos aspectos, la comprensión de muchos aspectos de la alquimia se halla en una situación comparable a lo que ocurre con el gran desconocimiento que aún tenemos de la cultura micénica, a falta de medios de desciframiento adecuados de su enigmática escritura.

Especialmente interesante y de extraordinario valor artístico resulta la profusa iconografía alquímica simbólica que se prodiga a partir del Renacimiento más temprano, coincidiendo con el declive de la alquimia artesanal escolástica y con la proliferación del esoterismo alquímico moderno, de las sectas ocultistas y de los **sopladores**, o fabricantes de oro, que llegaron a tener buena acogida incluso en algunas cortes europeas (Felipe II, Rodolfo II, Leopoldo II...).

Dicha iconografía, con una base fundamental en torno a la pasión, muerte y resurrección de Cristo, hace uso profuso de toda clase de representaciones pictográficas simbólicas (ángeles, astros, personajes reales, animales variados, armas y herramientas, fuentes, figuras geométricas, montañas, flores, esqueletos, árboles, baños, sepulcros, coronas, hermafroditas, huevos, lluvia, uniones matrimoniales, niños, etc.) simbolizando a través de una semiótica fundamentalmente onírica y psicológica los aspectos fundamentales de la **Gran Obra**, en sus tres vertientes, antes consideradas, **crispéyica**, **espagírica** o **iatroquímica** y mística **soteriológica**. En algunos de los más célebres cuadros de El Bosco, Brueghel y de Alberto Durero pueden identificarse inequívocamente un gran número de motivos e implicaciones, hijos de la más pura alquimia simbólica.

Por último, resulta especialmente destacable la inmensa proliferación de muy interesantes grabados alquímicos en un gran número de libros aparecidos en un siglo tan significativo para la Ciencia como es el siglo XVII, en el que influyen decisivamente las teorías y logros de, entre

otros, Descartes, Gassendi, Jungius, Bacon, Boyle, Newton, Becher, Hooke, Leeuwenhoek, Huygens, Pascal, Torricelli, Guericke, Van Helmont, Kepler, siglo del empirismo filosófico inglés pero —y esto es muy importante— siglo también de la Guerra de los Treinta Años, cuyas consecuencias padeció muy especialmente la Europa central y cuya intolerancia y fanatismo religioso motivó, de modo muy significativo, el afán de conservar perennemente, en forma de libros de muy diversa índole y enfoque, lo más fundamental del legado alquímico tradicional, especialmente reflejado a través de ilustraciones simbólicas y textos metafóricos, alegóricos, cargados de hermetismo esotérico.

Ésta es, en fin, una cuarta y muy fundamental proyección de la Alquimia sobre la cultura y múltiples manifestaciones artísticas de la Historia europea comprendida entre los siglos XV al XVIII, cuyo interés e importancia deben ser objeto del justo reconocimiento.

*Dirección del autor:*

J. A. PÉREZ-BUSTAMANTE  
Catedrático de la  
Universidad de Cádiz